

La Montaña de los Reflejos

Blanca

Érica avanzaba inquebrantable por la montaña, hundiendo sus pies en la nieve. Yo, a duras penas, trataba de seguirle el ritmo. Qué mujer tan capaz.

Érica y yo hemos sido asignadas a una misión: explorar la montaña y reportar anomalías. Aunque no tengo muy claros los detalles, supongo que será tarea fácil, ¿no?, pues no hace mucho que ingresamos a la Organización de Defensa y Exploración. Se supone que entrar a este organismo es muy difícil, pero aquí estoy. No sabría decir cómo. Sea como sea, me preocupa el hecho de que nos hayan dado armas.

—¡Mira! —Érica señaló una cabaña a lo lejos.

Asentí y nos dirigimos allí. En ese refugio había estado alguien con nuestra misma misión, aunque hacía semanas que no daba señales de vida. También debíamos averiguar su paradero. De pronto tuve un escalofrío: ¿y si al tener la misma misión sufríamos su misma suerte?

Érica abrió la puerta con un chirrido y entró. Seguidamente, me asomé al interior. Había un desorden que delataba que alguien había vivido aquí. Nos pusimos a investigar cada una por su cuenta. Entré a una habitación con una gran ventana y mis ojos tardaron unos segundos en acostumbrarse a la luz. Para mi horror, una persona yacía en el suelo. Grité. Oí a Érica corriendo en mi dirección.

Érica

Al llegar encontré a Blanca con la cara hecha un cuadro, contemplando un cuerpo.

—¿Quién hace tanto ruido?! —preguntó el cuerpo.

Nos miramos en silencio.

—Hemos venido a realizar tu misión. Pensamos que habías muerto —le dije.

Todavía en el suelo, la chica hizo una mueca. Supuse que acababa de despertarse.

Nos presentamos y le dije que en un rato viniera a la cocina a hablar de lo ocurrido. La tal Marga aceptó de mala gana. Me pregunto por qué alguien dejaría de dar señales de vida tanto tiempo. Blanca colocaba provisiones, cambiándolas una y otra vez de sitio. «Se le habrá roto la radio», pensé mientras Marga aparecía en la cocina.

Le pregunté por su radio, pero dijo que funcionaba, por lo que le pedí explicaciones.

—¿Qué ha pasado para que creyesen que algo grave te había ocurrido?

—Simplemente no les dije nada en un tiempo.

—¿Qué? —pregunté confundida—. La misión es importante, deberías tomarte esto en serio.

Marga me miró cansada.

—Yo he decidido ir a ninguna parte. Y a propósito, ¿de verdad crees que el deber es tan importante?

No supe responder.

—No me digas que te aferras tanto al deber porque es lo único que te da un sentimiento de valor —dijo mirándome a los ojos—. ¿Me equivoco?

Sus palabras me resultaban especialmente dolorosas.
—Déjate de sinsentidos.
Cogí mi mochila y salí apresuradamente.

Blanca

Érica cerró la puerta. Marga se dispuso a tirarse en el suelo otra vez. Sentía que nadie notaba mi presencia y comenzaba a ponerme nerviosa. Mientras discutían, no supe si decir algo, y ahora seguía sin saber qué hacer.

—¿Debería seguir a Érica? —le pregunté a Marga tras unos minutos.

—¿Tú qué crees? —me preguntó de vuelta.

—No lo sé, por eso pregunto.

—¿Y por eso crees que yo, que os acabo de conocer, lo sabré mejor que tú? —tras unos segundos analizando la situación, añadió —: Deberías tomar tus propias decisiones.

Cansada de no obtener una respuesta concreta, salí a buscar a Érica. Ella sí me diría qué hacer.

Cuando la encontré, caminaba absorta en sus pensamientos. Tanto, que se chocó con un árbol. Cayó sentada y sólo puso una mueca de dolor al ver mi presencia. Se levantó dignamente y andó hacia mí.

—¿A qué has venido? —preguntó Érica.

Pude ver sus mejillas sonrojadas. Respecto a lo que acababa de preguntarme, no tenía ni idea.

—He venido porque como te has ido de repente... —Érica no parecía convencida, por lo que seguí hablando—. Me preguntaba qué hacer ahora.

—Blanca, tú sola te bastas para responder eso. No esperes que otros te den la respuesta a todo, nadie está seguro de nada. Las decisiones de otros no serán mejores que las tuyas.

Confundida, le dije que volviéramos.

Marga

Tras un tiempo, no sabría decir cuánto, Blanca y Érica volvieron y comenzaron a preparar la cena. No faltaron reproches por parte de Eri de que me levantase del suelo e hiciera algo con mi vida. A diferencia de ella, yo sé ignorar lo que otros esperan de mí, así que seguí en el suelo contemplando el espectáculo.

Érica se tropezó, tirando su plato por los aires. Su ropa se llenó de aceite y el plato se rompió en mil pedazos. Érica paró en seco, como si acabase de colapsar. Con solo mirarla, sabía que estaba sintiendo muchas cosas a la vez y no muy agradables precisamente. Blanca se había ido a otra habitación. Decidí decir algo.

—Si haces cosas, inevitablemente te equivocarás. No pongas esa cara.

—No, no puedo equivocarme. Preferiría no estar aquí —dijo mirando su ropa hasta que su mirada se posó en mí. Estaba claramente alterada.

—Eri, no seas así. Nadie te está reprochando nada.

Érica parecía no escucharme.

—Odio equivocarme y odio esta organización. Odio...

—No te quejes tanto, tú misma eres la que se está haciendo miserable.
Érica pensó un momento.
—Lo mismo podría decirse de ti.
—¿Qué?
—Dices que has decidido ir a ninguna parte, porque si no haces nada no puedes equivocarte, ¿verdad? No eres la más indicada para sermonearme.
—¿Y eso que tiene que ver?
—¿Estás contenta viviendo tirada en el suelo?
Aparté la mirada.
—Sabes que no, pero no intentas cambiar. Porque no crees poder.
—Oh, tú tampoco intentas cambiar. Nadie te obliga a estar en esta organización. Si tanto la odias, déjala.
—Chicas, la cena... —irrumpió Blanca, asomándose por una puerta.

Érica recogió su desastre dignamente y se fue a su cuarto sin cenar. Era muy orgullosa y prefería hacerlo todo sola. Odiaba que la hubiéramos visto fallar. Eri era fácil de leer para mí. Lo que me fastidiaba es que ella parecía entenderme igual de bien.

Blanca y yo cenamos en silencio. No pensaba hacerle caso a Eri. Estaba harta de todo. Siempre arruinaba todo lo que hacía, por lo que no quería hacer nada más. Al igual que había arruinado nuestra conversación.

Érica

Al día siguiente salí temprano a reflexionar. Aunque fue algo violenta, la conversación con Marga me dió qué pensar. Yo había elegido esta organización a pesar de odiarla. Entonces, ¿por qué elegí esto?

Claro está que nadie me había obligado directamente. Pero no podía simplemente decirles a los de mi alrededor que me gustaría trabajar en una floristería. No es lo que se espera de mí.

«Marga tiene razón, yo misma me he metido aquí. Dejaré la organización» pensé, mintiendo. Con la intención de dejar el cambio para el futuro y acabar por un camino que podría acabar antes conmigo.

Regresé a la cabaña y Blanca salió conmigo a explorar. Volvimos para la hora de cenar, sin resultados.

Cuando por fin nos acostamos, cogí mi mochila, me aseguré de haber cerrado la puerta de mi cuarto y salté por la ventana. Aterricé torpemente, reprochándome haber hecho mucho ruido. A mi espalda iba la mochila con un arma. No era un arma cualquiera, nos la dieron exclusivamente para esta misteriosa misión. Tanto secretismo me estaba empezando a cabrear, me pregunté qué narices pasaba en esta montaña. Nadie pareció percatarse de mi ausencia, por lo que seguí avanzando. Rodeada de árboles, nieve y un silencio sepulcral, sentí miedo. Había salido porque sentía que debía mostrar resultados. Estaba dispuesta a encontrar algo.

Anocheceía. Las siluetas de los pinos me parecían cada vez más amenazantes. De pronto, me vi sola en una montaña por la noche, con miedo y tiritando de frío. ¿De

verdad era esta la vida que quería? Paré en seco para darme la vuelta. La cabaña estaba ya muy lejos.

Entonces lo vi. Una silueta grotesca se alzaba en el horizonte. Sentí como me clavaba su mirada. Me pregunté si estaba paranoica. La criatura empezó a correr hacia mí, y yo imité su jugada en la otra dirección. Era mucho más rápido que yo. Debía actuar rápido, no había margen de error. Debatiéndome entre si fallaría o no, me dirigí a una zona poblada de árboles en un intento de disminuir mi desventaja. Mientras, el maldito bicho se acercaba, y rápido. Viendo que no podría escapar, busqué el arma en mi mochila. Cada vez nos rodeaba más oscuridad. Llegué a los árboles, y el bicho también. Mientras jugábamos al escondite, le apunté con la pistola. No podía fallar. Con la cabeza hecha un lío, apreté el gatillo. La bala atravesó un árbol. La criatura aprovechó mi desconcierto para acortar distancias. Casi clava una de sus garras en mi estómago. No tenía tiempo ni de frustrarme. Me refugié en los árboles y volví a apuntar, pero la criatura parecía más alerta. Cogí aire y dejé escapar un grito repentino. Por un momento, la criatura vaciló, por lo que aproveché para apretar el gatillo. La bala alcanzó su frente.

Algo cayó sobre mí. Era su garra. Estaba vivo. Me impulsé con el tobillo, esquivándola a duras penas. ¿Qué estaba pasando?. Sólo sabía que me había herido el hombro. Corrí por mi vida entre la maleza. No creí poder salir de esta. Por una vez en mucho tiempo, grité por ayuda. Sin embargo, ya era demasiado tarde. No debí haber querido hacer todo sola, ni subir esta estúpida montaña sólo porque se esperaba de mí. No debí... El peso que cargaba en mi espalda me hizo caer de bruces en la nieve. Qué fastidio.

Marga

Otro día más viendo este mismo techo. Me arrastré entre el desorden de mi habitación para ir a desayunar algo. Encontré a Blanca en la cocina.

—Oye Blanca, ¿tú crees que las personas pueden cambiar?

—No lo tengo claro.

—Tan decidida como siempre, ¿eh? No tenemos remedio —dije con una sonrisa triste. Blanca mordisqueaba su pan.

—Bueno, las personas cambian con el paso del tiempo, pero no cambian ellas solas. Las circunstancias y quienes les rodean les dan forma.

Miré a Blanca impresionada. ¡Sabía hablar!, ¡y tenía opinión!

—¿Qué he dicho esta vez? —preguntó Blanca, percatándose de mi mirada.

—Nada malo. Sigue así.

Blanca se levantó extrañada.

—Blanca, ¿sabes dónde está Érica? Hace un rato que no la veo y su mochila tampoco está.

Blanca paró en seco.

Blanca

Oí un plato romperse y a Érica y Marga discutir. Me pregunto por qué no podían llevarse bien.

Al ir a mi habitación, escuché una transmisión en la sala de radio. Eran nuestros superiores. Decidí no avisar a mis compañeras y dejarlas discutir tranquilas. Me

comunicaron que habría un cambio de planes, y que pusiese la pistola que nos dieron a buen recaudo. Fui a la habitación de Érica y cambié la pistola especial de su mochila por una normal, para guardarla en un mejor sitio. Resulta que esta pistola era bastante cara y preferían que investigásemos desde la distancia.

¡Al fin alguien me decía qué hacer!

Marga

No me gustó la reacción de Blanca y comencé a preocuparme. ¿Dónde podría estar Érica? ¿le habría pasado algo?

Decidimos ir a investigar. No haber salido a buscarla no tendría sentido, pues no teníamos nada más que hacer. Intenté mantener la calma. No obstante, tras horas de búsqueda comenzaba a ponerme de los nervios. Era una incertidumbre que te corrompía lentamente, sin darte un respiro.

Eri y yo sólo discutíamos, pero en el fondo nos preocupábamos por la otra. Usábamos este tono para vernos menos vulnerables.

Volvimos ya entrada la tarde, muertas de hambre. No había ni rastro de Érica. Blanca estaba especialmente inquieta. Me pregunto si Érica se habría ido con su trineo, harta de la organización. Quizá se había perdido en una expedición. Sea como fuese, recuerdo haber visto latas de conserva y agua en su mochila.

Blanca y yo cenamos en silencio. Érica no había vuelto. Cada segundo que pasaba nos recordaba cruelmente que el tiempo se acababa. Nos llevaba a imaginar un sinfín de escenarios en los que podría encontrarse Érica. La realidad era muy dolorosa como para hablar de ella.

Por la noche, quise salir a buscarla otra vez. Le pregunté a Blanca si quería venir, pero dijo que no. Al cerrar la puerta, vi a Blanca tirada en el suelo con un aspecto deprimente. Su mirada se perdía en la oscuridad.

Blanca

Hay algo peor que una persona muerta, y es una persona desaparecida. No puedes simplemente aceptar su muerte, pues podría estar viva. Tampoco esperas que entre por la puerta, pues podría estar muerta. Quedas en un forcejeo sin salida, que te consume poco a poco hasta que tu luz se apaga cual cerilla prendida.

A esto se suma la culpa. Cambié la pistola de su mochila. «¿He matado a Érica?». Me aterraba responder. «Fue la organización, yo sólo seguía órdenes». Me resguardaba en este pensamiento cual soldado que ha cometido atrocidades en una guerra. «Ni siquiera sabes si ha muerto, pero puede que muera pronto al confiar en tener la pistola». Este ciclo de pensamientos se sucedía una y otra vez, hiriéndome en el proceso.

No tomé mis propias decisiones y aún así hubo consecuencias. Si tan solo hubiera pensado por mí misma, si al menos les hubiera dicho claramente que había cambiado la pistola... Por miedo a lo que pudieran decirme, no les avisé. Aunque pensándolo fríamente, fue una estupidez. Por algo dicen que la comunicación es importante.

Érica, en su afán de hacerlo todo sola, tampoco nos avisó. Ella odiaba esta estúpida montaña. Si tan solo hubiera dejado este camino, si tan solo hubiera vivido su propia vida... De nada sirve lamentarse ahora.

Ahora está desaparecida, y a nadie de los que tanto quería impresionar le importa.

Marga

Abrí la puerta del refugio. Nunca había estado tan cansada. Mi rutina se había convertido en comer y buscarla. No sabría decir cuántas veces había salido ya. Esto se lo achaco a la falta de sueño.

Mientras, Blanca seguía en el suelo. Tenía que asegurarme de que comiese, pues parecía que nada le importaba ya. Su expresión era la de alguien que había tirado la toalla. Me preocupaba que algún día muriera de pena.

Una de las veces que volvía, Blanca me llamó a la cocina. Debía de ser algo importante para que se levantase del suelo.

Mientras comíamos maíz en lata, esperé pacientemente a que aclarase sus pensamientos.

—En la mochila de Érica había un arma...

Asentí.

—Esa arma era específicamente para esta misión...

Esperé.

—Los superiores me contactaron diciendo que no la usásemos —le costaba pronunciar las palabras—. Así que la cambié por otra y la guardé allí —dijo señalando un rincón de la cabaña.

—¿Y Érica no lo sabía?

—...

—¡Joder!, ¡Mira a lo que han llevado tus tonterías! Érica podría estar muerta...

Blanca se fue llorando, dejándome aún más confundida.

Su mirada se perdía en la culpa. Qué fácil era juzgarla desde mi posición, tacharla de culpable y descargar en ella mi dolor. Por buscar culpables, hay muchos. Puedes culpar al destino, a la organización, a nuestra falta de comunicación, a no confiar en nosotras mismas, a la misión e incluso a la misma Érica por salir sola.

Culpables hay infinitos, y aún así de nada sirve encontrarlos. Como acabo de comprobar, la realidad no cambia ni se arregla. Quizá debería centrarme en cómo mejorar la situación en vez de quedarme en el pasado.

Fui a disculparme con Blanca, lo cual pareció aliviarle mucho. Le propuse un plan. Si en un mes no había señales de Érica, dejaríamos la cabaña y pasaríamos página. Mientras, yo seguiría buscándola. Por si acaso, dejaríamos latas en el refugio. Érica sabía cómo entrar. Y lo más importante, una nota:

“Hola Eri,

Si estás leyendo esto, hemos abandonado el refugio dándote por muerta. ¡Ups!
Contacta con nosotras, nos darás una alegría.

Me resulta curioso que estos últimos días, los papeles se han invertido. Blanca estaba tirada en el suelo sin ganas de vivir mientras yo la cuidaba y te buscaba sin descanso. Blanca no ha vuelto a dudar de sus decisiones y yo ya he decidido una meta para perseguir.

Gracias a ti, he descubierto algo que necesitaba aprender. Y es que las personas tenemos el potencial de cambiar.

Hasta siempre, Marga”.

MARÍA MARTOS LÓPEZ (4º B)